Job y sus hijas

Hans-Jörg Ronsdorf · abril de 2021 · revisado en octubre de 2026

Una serie de conferencias sobre el libro de Job me hizo fijarme en las hijas de Job. Son solo un pequeño detalle en un libro fascinante de la Antigüedad. Es una de las obras literarias más impresionantes de la historia. No es fácil de leer, y es bastante largo para ser un libro de la Biblia. Quien consigue leerlo de una sola vez vive un tsunami para la cabeza, el corazón y el espíritu. Se trata, en efecto, de la pregunta de por qué Job, justo e intachable, y su familia tienen que atravesar un sufrimiento y un destino tan injustos. Esa es la gran pregunta, hasta el día de hoy, y el libro de Job es una aportación útil a esta pregunta en forma de literatura sapiencial. Tampoco Job da una respuesta definitiva. La respuesta no es, como Job y sus amigos intentan argumentar, una teología de la retribución que simplemente constata: el justo es bendecido, el injusto es castigado. Ese principio no es la respuesta al sufrimiento en el mundo.

Pero ese no es en absoluto mi tema. Como he dicho, se trata de un pequeño detalle, un «subproducto», que tiene que ver con el tema del papel de la mujer en la Biblia. Hasta ahora, ni en mi libro ni en los trabajos posteriores he considerado a mujeres del AT. En el AT hay mujeres que fueron profetas, reinas, juezas y líderes (por ejemplo, María, Débora y Hulda como profetisas, Débora como jueza, Ester como reina). No como algo normal, sino como excepciones. Sin embargo, quien quiera concluir de ello que se trata de un modelo de roles querido por Dios tendría que aportar desde el AT la fundamentación de que los hombres deben dirigir y las mujeres seguir. El propio relato de la creación no sirve para ello. Más bien, el desequilibrio jerárquico entre hombre y mujer es consecuencia de la caída y se ha convertido en una parte determinante de las sociedades de todas las épocas, con distintas manifestaciones. ***La jerarquía no aparece antes, sino solo después de la caída.***

¿Cuándo vivieron Job y su gran familia?

La tradición judía sitúa a Job en la época de Abraham (y de Melquisedec). Naturalmente hay más teorías sobre cuándo ocurrió esta historia, pero tiene sentido pensar en esa época y comparar alguna vez la vida, los desafíos y las tentaciones de Abraham y Job.

Así pues, estos dos hombres viven antes de la promulgación de la ley, antes de un servicio de sacrificios regulado por la ley. Uno llega a ser el padre de una nación y, más allá de eso, el padre terrenal de todos los creyentes. Job, de la tierra de Uz, no es hebreo ni israelita. Y, sin embargo, conocía al Dios vivo. Cómo, o por medio de qué revelación, lo conocía, no lo sabemos. En los últimos capítulos del libro Dios habló directamente a Job. Y Job llegó a decir: «Mas ahora mis ojos te ven» (Job 42:5). Esa fue su sanidad interior. Se supone que Job vivía en Jordania, en una zona mixta entre asentamientos fijos y desierto.

La historia de Job es conocida. Satanás tiene su propia visión de cómo funciona la fe en Dios: es un negocio, o incluso un juego sucio. Sin recompensa no hay lealtad hacia Dios. A Job, uno de los hombres más ricos del Oriente Próximo, le toca convertirse en el caso que demuestra que Satanás se equivoca. Quizá no con todos los que creen en Dios, pero sí con Job. El precio de esta demostración es alto. Pero su final sana las heridas de Job. Un final que en la vida real se encuentra más bien raras veces. Muchos que sufren no experimentan en esta vida y en este sufrimiento una redención como la de Job.

En el último capítulo, Job recibe todo restituido el doble. Lo que Satanás le robó, lo recibe de vuelta el doble. Perdió 10 hijos; recibe 10 hijos una vez terminado su sufrimiento:

Job 42:13 También tuvo siete hijos y tres hijas.

14 A la primera la llamó Jemima, Tórtola; a la segunda, Cesia, Flor de canela; y a la tercera, Kerenhapuc, Cajita de afeites.

15 En toda la tierra no se hallaban mujeres tan hermosas como las hijas de Job. Su padre les dio herencia entre sus hermanos.

Este realce especial, incluso casi único en el AT, de las tres hijas demuestra el vuelco del destino de Job. Tan especial y extraordinario como es este realce de las hijas, igual de singular es el giro del destino de Job.

¿Qué tiene esto de extraño?

Pues que en esta época del patriarcado, en un tiempo en que las mujeres eran propiedad y posesión como bienes o cosas, llaman la atención dos cosas:

1. ***Solo las tres hijas son mencionadas por su nombre, no los hijos.***
2. ***Las hijas heredan igual que sus hermanos.***

Es el propio Job quien les pone los nombres y les asigna la herencia, sin dar preferencia a los hermanos. En esto se reconoce un gran aprecio de Job, el padre, hacia sus hijas, y además contra la corriente de su tiempo y de su cultura. Es solo una suposición, no entendida como prueba, sino más bien como indicio: ¿cambiaron los sufrimientos de Job su manera de ver a las mujeres?

Él era, como Abraham y como nosotros, hijo de su tiempo. Él y nosotros estamos marcados por la sociedad en la que vivimos. La imagen de la mujer de entonces (como también la de hoy) correspondía a la palabra de castigo dirigida a Eva en Génesis 3:16: «Tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti». Siempre he dicho que esta relación del marido con la esposa, y a la inversa, no era negativa en toda su posible expresión, medida según lo que Dios había pensado. Hubo excepciones positivas, pero confirmaban la regla. El patriarcado no es una imagen de la paternidad de Dios sobre su familia, sino un entramado social mundano de familias y clanes, con distintas configuraciones en todos los continentes, hasta llegar al mundo evangélico conservador.

En todo caso, Job ve algo especial no en los hijos, sino en las hijas.

Las lecciones más importantes de la vida no las aprendemos a través de lo bueno y agradable, sino a través del sufrimiento. Nos cambian. Pero no hay certeza de que siempre nos acerquen a Dios. Experimentar lo bueno como lo malo puede acercarnos a Dios, pero también alejarnos de él, si nuestra reacción es la ira y la decepción. Job sale de los sufrimientos, en cierto modo, purificado. Está en paz con Dios, igual que con sus semejantes, empezando por su mujer.

La visión actual de muchos cristianos conservadores sobre la cuestión de los sexos es la subordinación jerárquica de la mujer, así como la prohibición de hablar, enseñar y dirigir en el culto. Y el ámbito doméstico se considera su campo bíblico de actividad. Esta visión está tan firmemente arraigada en los pastores y ancianos o líderes de iglesias de hoy, que tiene que suceder algo especial para que abandonen esta visión mundana y adopten la perspectiva del Creador y Redentor. No, no quiero decir que para ello sea necesaria una historia de Job individual, sino solo que para un cambio de mentalidad no

basta con cambiar una fórmula. Va mucho más hondo, y hace falta valor para cambiar de manera de pensar, defenderlo y actuar en consecuencia.

Por cierto, no se trata de que a los hombres no se les permita encontrar hermosas a las mujeres. Las tres hijas eran, en efecto, bellezas llamativas, casi como tres ángeles para Job. Los hombres quieren poseer esta belleza. La desean, y pueden hacerlo. Pero no como una propiedad de libre disposición, sino para protegerla, disfrutarla y serle fieles. Tal como Job mismo lo vivió (Job 31:1).

Los nombres

Los nombres de las tres hijas son inusuales para nuestros oídos, pero, como tantas veces en el AT, están llenos de significado. Benedikt Peters los explica así en su comentario sobre Job:

«Versículo 14. "***Y llamó a la primera...***": Solo conocemos los nombres de las hijas de Job. La primera se llamaba ***Jemima***, jəmîmâh, de jôm, "día", es decir, más o menos "***la clara como el día***". Esto corresponde aproximadamente al nombre femenino griego Helena, "la que brilla con luz clara". Tras la noche del sufrimiento, ha amanecido ahora para Job un día luminoso de bienestar. Según una raíz árabe, el nombre puede significar también "paloma".

La segunda se llamaba ***Cesia***, qəṣîʿâh, que es la especia aromática casia (Éx 30:24; Sal 45:8). Keren-hapuc, qæræn happûk, es el cuerno en el que se guardaba el estibio, el maquillaje negro de los ojos de las mujeres.»[1]

«Tres nombres que aluden a su prosperidad restaurada (Gn 4:25; 5:29).

Jemima – «luz del día», después de su "noche" de miseria; pero MAURER: "una paloma".

Cesia – «casia», una hierba aromática (Sal 45:8), en lugar de su aliento repugnante (19:17) y de sus úlceras.

Keren-hapuc – «cuerno de estibio», un color con el que las mujeres teñían sus párpados; en contraste con su «cuerno manchado en el polvo» (o: mi orgullo y mi honra yacen en la suciedad, Neues Leben, traducción alemana de la Biblia) (Job 16:15).

Los nombres aluden también a la belleza de sus hijas.»[2]

Una herencia

«Versículo 15. "la herencia entre... hermanos": un favor inusual en Oriente para las hijas, que según la ley judía solo heredaban si no había hijos varones (Nm 27:8), una prueba de prosperidad y de concordia.»[3]

«Y su padre les dio su herencia en medio de sus hermanos. Este acto de Job, que contraviene estrictamente las prescripciones de la ley mosaica (Nm 27:8), pero que tiene su paralelo más bien en ciertas costumbres familiares de los árabes que en prácticas específicamente hebreas, tenía como fin permitir a las hijas seguir viviendo entre sus hermanos también después de casarse; ***por eso se menciona como señal de la concordia fraternal entre hermanos y hermanas que reinaba entre estos hijos posteriores de Job, como entre los anteriores (cf. cap. 1:4).***»[4]

En su comentario sobre Job, Benedikt Peters escribe con acierto: «Cuando Dios nos llama por nuestro nombre o nos da un nombre, muestra lo que significamos para él. La restauración de Job es sin duda un anticipo de la restauración de todas las cosas al final de los siglos. Entonces también las mujeres serán por fin elevadas al rango, y se les dará por fin el honor que se les ha negado a lo largo de los milenios de la historia humana, pero que los hombres están obligados a darles: "***Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo***" (1 Pe 3:7). Los hombres deben dar a sus mujeres el honor que les corresponde como herederas, porque "***su padre***" les ha dado "***herencia entre sus hermanos***" (cf. Nm 27:7).»[5]

Pedro, en su época dominada por los hombres, considera necesario llamar la atención incluso de los hombres creyentes sobre el hecho de que ahora las mujeres heredan igual. En la ley mosaica eso solo ocurría cuando no había hermanos.

Pero en Cristo no hay varón ni mujer (Gálatas 3:28). Y así sería una bendición que también Benedikt Peters no solo elevara un poco a las mujeres al rango que, en su opinión, les corresponde, sino que recorriera todo el camino. Imponerles una sumisión unilateral, prohibirles hablar (orar, predicar, enseñar) y dirigir son precisamente señales del mundo caído y no de la nueva creación, que no está todavía por venir, sino que ya ha comenzado con la iglesia como el nuevo hombre (Ef 2:15).

Hasta aquí lo dicho sobre las hijas de Job, que sobresalen de la masa como un faro y ya en la Antigüedad eran una indicación de lo valiosas, e iguales a sus hermanos, que deberían ser las mujeres. Si ya entonces, cuánto más hoy.

Notas

1. Benedikt Peters, Kommentar zum Buch Hiob (en alemán), Bielefeld: CLV 2020, p. 412.
2. Jamieson, R. / Fausset, A. R. / Brown, D., Commentary Critical and Explanatory on the Whole Bible, I, Logos Research Systems, Inc., Oak Harbor, WA 1997, 344.
3. Jamieson, R. / Fausset, A. R. / Brown, D., Commentary Critical and Explanatory on the Whole Bible, I, Logos Research Systems, Inc., Oak Harbor, WA 1997, 344.
4. Lange, J. P. / Schaff, P. / Lewis, T. / Zöckler, O. / Evans, L. J., A Commentary on the Holy Scriptures: Job, Logos Bible Software, Bellingham, WA 2008, 631.
5. Peters, Kommentar zum Buch Hiob, p. 412.